

* ! * \$ @ *
% * # % ~ & ? , ! %
* ¿ SU MADRE *
@ % ? * % # & %
& &

Cómo
INSULTAR
con elegancia
en la era del ruido

❧
FELIPE
RIAÑO
JARAMILLO



PAIDÓS EMPRESA

FELIPE RIAÑO JARAMILLO

Su madre

La guía madre para
insultar elegantemente

PAIDÓS EMPRESA

© Felipe Riaño Jaramillo, 2026
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

Primera edición en el sello Paidós Empresa (Colombia):
Julio de 2026

ISBN 13: 978-628-7830-14-1
ISBN 10: 628-7830-14-X

Diseño de portada:
Departamento de Diseño Editorial
Editorial Planeta Colombiana

Impreso por: XXXXXX
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*A mi padre y a mi madre... y sí, a la suya.
A todas las madres cuyo nombre fue usado como insulto,
este libro es para elevarlas al punto donde
la grosería jamás podrá alcanzarlas.*

*A mis enemigos, a los suyos... y sí, a sus madres,
porque no merecen nuestro olvido,
merecen este libro como epitafio.*

*A mis amigos, colegas y alumnos,
a todos los que alguna vez fueron víctimas de la grosería,
este arsenal es para dignificarlos y
devolverles la palabra como escudo.*

*A mi prometida Caro,
por ser mi refugio en medio de los sicarios del lenguaje,
por ser mi estandarte en las batallas verbales,
por ser todo lo que mi madre, y la suya, desean.*

Prólogo

En tiempos en los que las palabras se han reducido a *like*, *post* y *unfollow*, encontrar a alguien que se resista a seguir el juego es una esperanza para el lenguaje de la humanidad. Y eso es exactamente lo que hace Felipe Riaño Jaramillo en este libro: rescatar el insulto de las redes sociales y devolverlo a donde siempre debió estar.

Insultar es un arte que no lo practica el que más grita, sino el que mejor apunta. Jaramillo lo sabe, y por eso no consulta a la inteligencia artificial ni a ningún algoritmo. Por el contrario, se sienta a conversar con los grandes maestros: desde Diógenes —que humilló a Alejandro Magno sin siquiera levantarse del suelo— hasta Churchill, que convertía cada réplica en un misil, hombres que entendían que el insulto perfecto no destruye al adversario, lo define. Y, de paso, define también a quien lo lanza.

Este libro nos recuerda que sostener una discusión cara a cara requiere valentía. No por chat, no por mensaje instantáneo, no desde la cobardía de una cuenta anónima, sino frente a frente, con tono, tiempo y pólvora, que son, como bien lo explica Jaramillo, los tres ingredientes de toda bala verbal que hoy escasean en la vida pública.

Las reflexiones de Jaramillo sobre lo grotesco se hacen evidentes cuando analizamos el nivel de discusión de los líderes políticos más poderosos del mundo, quienes, a pesar de tener a su servicio todo

un andamiaje de comunicaciones, lo mejor que producen es una grosería de cantina.

Eso es exactamente lo que el escritor español Arturo Pérez-Reverte llamó el gran retroceso: el problema no es que insultemos más, sino que insultamos peor. Antes el impropio implicaba riesgo: una bofetada, un pistoletazo, la vergüenza pública de perder el duelo verbal. Hoy se insulta pensando más en la audiencia que en el adversario.

Leer Su madre. La suya es un ejercicio necesario en esta época en la cual nadie responde por lo que dice ni por lo que escribe; nadie quiere poner la cara, y si la justicia exige hacerse responsable de lo dicho, empiezan los lloriqueos de los mediocres. La gran paradoja de este libro es que para insultar bien hay que respetar al adversario y eso, sin duda, se aprende en esta divertida y amena guía.

PD: Este es el único encargo en mi vida en el que insultar era parte del trabajo. Ojalá lo hubiera sabido antes...

Paula Bolívar

INTRODUCCIÓN

Cuando el verbo se convierte en bala

*El primer humano que insultó a su enemigo en vez de
tirarle una piedra fue el fundador de la civilización.*

Sigmund Freud

Su Madre. La Suya fue escrito para saber cómo insultar y responder elegantemente a los “inteligentes en reversa”, sin rebajarnos a su nivel. Es un manual para el civilizado que no teme ensuciarse las manos... siempre que lo haga con guantes blancos.

Este libro comienza aquí porque la lección es brutalmente simple: sin idiotas no habría insultos, pero sin insultos, los idiotas reinarían tranquilos. Tenga en cuenta que la estupidez no se vence con paciencia, sino con estilo, como una de mis escenas preferidas de la historia, y que vale la pena saborearla como un whisky fuerte. Alejandro Magno, amo de medio mundo, conquistador de reinos, dueño de ejércitos, decide visitar a un mendigo que vivía en un tonel: Diógenes, el perro de Atenas. El rey llega arrogante con su corte, con la certeza de que incluso los dioses se inclinarían a sus pies. Entonces,

se planta frente al filósofo y, con gesto magnánimo, suelta la frase que a cualquiera habría puesto de rodillas:

—Pide lo que quieras y te lo concederé.

Diógenes lo mira sin levantarse. Ni una reverencia, ni un agradecimiento. Apenas la calma de quien no le debe nada a nadie. Y responde:

—Hazte a un lado... me estás tapando el sol.

Con una sola línea, el vagabundo desnudó al emperador. Alejandro, el hombre que podía darlo todo, fue reducido a la condición más miserable: estorbo.

Ese es el poder del insulto elegante: no necesita volumen, necesita precisión. No se trata de gritarle a un rey que es un idiota, sino de recordarle, con una frase, que ni todo su poder sirve para lo esencial: mover el sol. Alejandro conquistó territorios, pero Diógenes lo conquistó a él con un insulto tan elegante y fino, que lo redujo a un simple mortal. Dicen que el rey, impresionado, murmuró: “Si no fuera Alejandro, querría ser Diógenes”. Y ahí está la paradoja: el insultado terminó admirando al que lo insultó. Porque cuando el insulto se viste de lucidez, no solo hiere: marca a fuego.

Ese insulto encierra tres principios aplicables a cualquier “Alejandro” moderno, que este libro le enseñará a usar para convertir a cualquier “poderoso” en irrelevante, para no rebajarse a la grosería y para saber cómo atacar desde la calma.

Cada época está plagada de gente con egos inflados, de imbéciles con púlpito, de idiotas con títulos, de necios con curules, de charlatanes, de corruptos con micrófono, de *influencers* sin influencia. Y siempre, siempre, pero siempre, en la historia ha aparecido alguien con lengua más afilada que una espada para ponerlos en su lugar.

Un insulto bien dicho no es vulgaridad, es elegancia en estado puro. Es un traje a la medida de la ridiculez ajena. No se trata de perder la compostura, sino de usarla como arma. De ahí nace la paradoja: no insulta mejor quien eleve el volumen, sino aquel que

no necesita el volumen para elevarse con elegancia y gracia. No confundamos las cosas: este no es un libro para groseros de esquina, ni para energúmenos de redes sociales. Es un campo de entrenamiento para quienes saben que el insulto puede ser más educado que un té inglés y más letal que un cañonazo francés. Aquí no encontrará palabrotas, encontrará artillería con corbata, ironía con zapatos lustrados, sarcasmo con recién planchado e insultos con olor a habano churchilliano.

El insulto ha sido, desde siempre, la moneda de último recurso en el mercado del lenguaje. Sócrates lo padeció en la plaza, Churchill lo perfeccionó en los Comunes, y hoy, cualquiera con un celular se cree Cicerón. Lo que antes era un duelo verbal con público, ahora es una pelea de gallos digitales donde todos cacarean... pero sin huevos para hacerlo cara a cara y con elegancia. Por ello, este libro es para los que no saben qué responder sin rebajarse, ni cómo insultar sin parecéseles. Este libro es para usted, que sabe que calló cuando debía hablar, o que supo qué responder al día siguiente... en la ducha.

Aquí conviene distinguir: la grosería es la pataleta del que no tiene argumentos, es simplemente ruido, pero un insulto estructurado con elegancia es música de guerra. Mientras la grosería degrada, el insulto dignifica si se orquesta como un gran director. O como decía Reagan: “El problema de nuestros adversarios no es que no sepan nada, es que saben tanto... que no es cierto”. Eso, querido lector, es un insulto con corbata y sonrisa.

En el proceso de escritura de este libro, muchos clientes y amigos me han preguntado por qué escribir un libro de insultos. Mi respuesta es sencilla: hoy en día vivimos en una era en la que el vulgo reina y no sabemos cómo hacerle frente. La vulgaridad se manifiesta en todo: la música, el vestir, el hablar y sobre todo... el insultar. Y mientras unos se encienden, otros se queman al tiempo que tartamudean, tragan en seco y se maldicen a sí mismos por no haber respondido a tiempo “como querían”.

El insulto no desaparecerá, es tan humano y eterno como errar. La diferencia está en el cuidado: pulido, puede convertirse en arte. El objetivo no es enseñar a odiar —el odio es de pobres de espíritu—, sino a defenderse con gracia, a contraatacar con estilo y, cuando se pueda, a dejar al adversario desarmado... mientras el público aplaude.

Este libro está escrito para los que ya se cansaron de soportar mediocres con altavoz, charlatanes con diplomas hechos por ellos mismos, a los arrogantes con wifi. Aquí no encontrará calma de superación personal ni frases de autoayuda. Encontrará algo mejor: expresiones que arden a fuego lento.

Estas páginas son una invitación a retomar el mando de su lengua y sacarla de la servidumbre del cliché. En la guerra de los insultos, las balas torpes se olvidan; las frases finas se citan. Aquí aprenderá a disparar palabras tan afiladas que merecerían enmarcarse después del impacto. Porque lo que se dice con elegancia, con filo y sin temblar, se convierte en leyenda en la historia de los “inteligentes en reversa”.

Cabe destacar que este libro no es un tratado de buenos modales ni una guía de autoayuda. Los modales atraviesan tiempos difíciles en una era en la que la conexión es instantánea y la reflexión opcional; y las guías de autoayuda... si funcionaran de verdad, no viviríamos intercambiando agravios como una especie brillante con alarmantes lapsos de lucidez. Prometen convertirnos en una versión mejorada de nosotros mismos, olvidando un detalle incómodo: el resto de la humanidad no siempre colabora con el experimento.

Porque responder un insulto no es un acto de violencia, sino de higiene. Si alguien se atreve a lanzarle a uno mierda, lo mínimo es devolvérsela convertida en compost: refinada, densa y perfectamente abonada. Y cuando el contrincante huela —porque olerá—, que huela a inteligencia. Eso es lo que hace la diferencia: no gritar, no patalear, no rebajarse.

Alguien dijo una vez: “No eleves tu voz; mejora tus argumentos”. Yo prefiero decirlo así: “No eleves tu voz... pero deja al otro en silencio”. *Su Madre. La Suya* no es un catálogo de vulgaridades, sino una guía para convertir cada palabra en bala: para exponer la torpeza del otro no desde la furia, sino desde la lucidez; para contraatacar con estilo; para desarmar al adversario con la frase correcta.

En suma, este libro no nació para prolongar peleas, sino para clausurarlas. No es un manual de debate: es un detonador de silencios incómodos, una guía que convierte el habitual insulto de “¡Su madre...!” en una sentencia de una sola línea. El objetivo es que el adversario contemple, boquiabierto, los escombros de su propia inteligencia en reversa; y que usted se marche con una ceja alzada y una sonrisa de Mona Lisa, mientras el eco hace el resto.

Estas páginas incorporan el alma de la máxima de Mark Twain: “Nunca discutan con un idiota; porque los rebajará de nivel y les ganará por experiencia”. Mi propósito es brindarle una alternativa más elegante: disparar la respuesta exacta, con filo y sin temblar, y demostrar que, incluso en la era del vulgo, la elegancia todavía sabe morder.

Bienvenido a *Su Madre. La Suya* donde insultar es justicia poética. Póngase cómodo, pero no se confíe: aquí no va a coleccionar frases, va a entrenar reflejos. Y si algún “genio” intenta adjudicarse este arsenal como si lo hubiera parido, no se preocupe: simplemente respóndale... “Su madre”.

PARTE I. FUNDAMENTOS

Por qué el mundo necesita volver al insulto elegante

CAPÍTULO 0

...pero a la izquierda

*Hay una sola cosa peor que hablen de
usted: que no hablen de usted.*

Oscar Wilde

Renacimiento del insulto: cuando el silencio ya no basta

Desde hace más de quince años he tenido el privilegio de asesorar y entrenar a empresas muy reputadas en más de 24 países. En los últimos siete, he caminado los pasillos de distintos gobiernos y multinacionales, acompañando a altos perfiles públicos y privados de diversos sectores. He entrenado a presidentes, ministros, magistrados, médicos, actores, ingenieros, abogados, economistas, periodistas, científicos, recicladores... y la lista continúa. Y en todos —sin importar el cargo o el uniforme— encontré la misma inquietud: ¿cómo responder ante un insulto sin rebajarse?

Porque el problema no es nuevo, pero sí recurrente. “¿Qué digo cuando alguien lanza una indirecta venenosa mientras sonrío?”; “¿Cómo respondo sin parecer agresivo, pero dejando claro el

límite?"; "¿Qué hago cuando me atacan delante de otros?"; "¿Cómo no verme débil sin convertirme en vulgar?".

De allí nació mi costumbre de tomar nota. Empecé a registrar las frases, el contexto y —sobre todo— la intención. Cambiaba los nombres por discreción, pero dejaba la industria; el contexto importa más que el culpable. Con el tiempo, ese archivo dejó de ser una colección de frases sueltas y se convirtió en un mapa de la mezquindad elegante: insultos detrás de traje, dardos lanzados en mesas de juntas, sonrisas que huelen a pólvora.

Comprendí, entonces, que el dilema no era técnico, sino estratégico:

- Responder sin perder la compostura (ni el ascenso).
- No callar para no parecer débil, pero tampoco estallar para no perder clase.
- Herir con precisión, no con bala.

Su Madre no busca que el agresor se disculpe, sino ponerle freno con una sola línea. Una frase que lo deje pensando en lo pequeño que quedó, mientras los demás observan, aprenden y recuerdan. He reunido cientos de ejemplos reales —muchos repetidos en intención, aunque distintos en forma— y los he destilado en 101 insultos con 0 nombres. Porque la elegancia también consiste en no dar notoriedad gratuita a quien no la merece, y en respetar la discreción de sus víctimas.

Con este libro espero que la próxima vez que un comentario activo-agresivo cruce la mesa, usted no tiemble ni se exalte, sino que arquee la ceja, suelte la frase precisa y pase página. No para pelear, sino para defenderse con elegancia de otros que intentan brillar apagando su luz.

Desde Sócrates hasta X (antes Twitter): 2500 años de insultos, con toga y wifi

Antes de que el ser humano inventara la rueda, ya había descubierto cómo llamar "inútil" a su vecino sin usar las manos. Antes de los tratados

de paz, estaban las frases cortantes. Antes de los emojis pasivo-agresivos, ya existía la necesidad ancestral de reducir al otro en público, pero con estilo. El insulto es más antiguo que el chisme y más duradero que el amor. No nace del odio, sino de una mezcla exquisita de frustración, ego, jerarquía y teatralidad. A lo largo de la historia, ha servido para marcar territorio, para castigar, para competir, para enseñar... y, en los mejores casos, para hacer reír mientras se hiere.

Desde la arcilla hasta el iPhone, el insulto ha evolucionado en formato, pero no en intención. De hecho, el insulto más viejo registrado fue en Sumeria (2600 a. C.), lo encontró Edmund I. Gordon, publicado en *Colecciones de proverbios sumerios*, y su traducción dice: “Tu marido no tiene ropa que ponerse. Tú misma llevas harapos tan miserables que tu trasero se asoma a través de ellos”. Incluso, en el Antiguo Testamento, insultar parecía ser un arte divino. Llamar “hijo de mujer perversa” no solo era una agresión personal, era una condena con respaldo celestial.

Si algo une a la humanidad desde la Grecia clásica hasta el *timeline* de X es el noble arte de decirle al otro que es un idiota... pero con estilo. En Atenas, Sócrates convirtió el insulto en pedagogía. No gritaba, preguntaba. Y con cada pregunta dejaba al adversario desnudo frente a su propia ignorancia. No fue la cicuta lo que lo mató, sino obligar a medio pueblo a descubrir que no sabía nada. Y claro, nadie perdona al que le señala la estupidez en público.

Roma, con su amor por el espectáculo, profesionalizó el agravio. Cicerón no necesitaba un ejército: bastaba con su lengua para desarmar a senadores corruptos. Juvenal inventó la sátira: insultar con tanta gracia que, en lugar de duelo, provocaba carcajadas seguidas de cuchicheos. En la capital del mundo, el insulto era un deporte olímpico: o se reía el Senado, o se reía el pueblo... pero alguien siempre salía herido.

Shakespeare hizo del insulto un género literario. En sus obras, un “vil gusano miserable” sonaba más elegante que cualquier elogio

moderno. Si alguien iba a ofenderte, mejor que lo hiciera en pentámetro yámbico: dolía igual, pero quedaba inmortalizado para la posteridad.

La Ilustración lo elevó al nivel de dinamita filosófica. Voltaire entendió que insultar a los poderosos era la forma más barata de revolución. Y vaya que funcionó: muchas cabezas rodaron, y no precisamente por rimas mal hechas.

El siglo XX llevó el insulto a escala industrial. Churchill lo transformó en cañonazo parlamentario: frases cortas, demoledoras, imposibles de esquivar. Cuando le preguntaron qué pensaba de un adversario, respondió: “Tiene todas las virtudes que detesto y ninguno de los vicios que admiro”. Letal, con *smoking* y puro. Reagan, en cambio, jugaba con la sonrisa. Cuando lo acusaron de viejo, replicó: “No voy a explotar para fines políticos la juventud e inexperiencia de mi oponente”. El ataque murió entre carcajadas, su rival, también.

Y llegamos al presente: el circo romano digital. X, TikTok, Instagram, Facebook... donde millones se creen gladiadores del ingenio, pero combaten con faltas de ortografía y memes reciclados. Lo que antes era un duelo verbal ante el Senado, ahora es un mar de “primates con wifi”, arrojando mayúsculas como si fueran lanzas. El insulto se ha democratizado... y con ello, también se ha abaratado.

Lo más grave no es la abundancia de insultos, sino la pérdida de elegancia. Antes, hasta para insultar se vestían bien, había que llevar toga, traje, corbata o al menos un buen sombrero. El insulto, que en otros tiempos era duelo verbal y exhibición de ingenio, se ha vuelto tan vulgar como el mismo emoticón que lo acompaña.

Umberto Eco advirtió que cada época crea sus símbolos, y la nuestra decidió reemplazar la espada por el *like* y la toga por el GIF. El insulto ya no se pronuncia como sentencia, se dispara como notificación. Y al perder símbolos, perdió también el peso. Un insulto sin ritual es solo ruido. Es como un soldado sin uniforme o un juez sin martillo: grita, pero no significa.

Churchill habría dicho que jamás en la historia tantos dijeron tan poco a tantos con tan pocas palabras. Y Reagan se reiría señalando que la diferencia entre un insulto de antaño y uno de hoy es la misma que entre un carro clásico y un carro ostentoso moderno: ambos avanzan, pero uno se exhibe en avenidas y el otro hace un ruido ridículo en la vía.

El problema, entonces, no es que insultemos más, sino que insultamos peor. El insulto perdió su carácter de arte y se volvió grafiti digital, escrito a la carrera por multitudes que confunden vulgaridad con valentía. Hemos pasado de la daga de Cicerón al *sticker* de WhatsApp. Y al hacerlo, como diría Eco, hemos sacrificado el símbolo y con ello, el sentido. Porque cuando se pierde la elegancia hasta en la ofensa, el insulto deja de ser un arma y se convierte en mugre.

Pero no se equivoque: aunque cambien las plataformas, la esencia sigue intacta. El insulto sigue siendo bisturí o garrote, dependiendo de la mano que lo empuña. Lo sublime y lo vulgar están a un paso de distancia, y el que sabe darlo con precisión nunca cae en el fango.

Porque al final, como enseñan la historia y la comedia, un buen insulto no solo derrota al adversario: lo condena a ser recordado eternamente como la víctima de una frase. Los imperios caen, los políticos pasan, las ideologías se oxidan... pero un insulto bien dicho puede sobrevivir siglos y seguir arrancando carcajadas.

CAPÍTULO 1.

La crítica como pilar del progreso

*No aceptes críticas destructivas de aquellos
que nunca han construido algo.*

Felipe Riaño Jaramillo

Grosería vs. insulto: los Capuleto y los Montesco

“Romeo, Romeo... ¿dónde estás, pirobo, que no te veo?”, podría gritar Julieta, la nueva vendedora de rosas, desde un semáforo de la ciudad, con más drama que cualquier actriz shakesperiana. Porque, al fin y al cabo, las peleas entre los Montesco y los Capuleto no están tan lejos de lo que vivimos hoy: los primeros lanzan groserías como piedras en la calle, los segundos disparan insultos con la pose de un actor de teatro.

Y ahí está la clave: la grosería y el insulto no son lo mismo, aunque a veces huelan parecido. La grosería es grotesca, es decir, los Montesco: ruidosa, tosca, impulsiva, como un borracho tambaleante que golpea por reflejo. Es ese comentario en redes escrito en mayúsculas, sin tildes y con furia ortográfica, que arremete sin dirección ni puntería. El insulto, en cambio, es el Capuleto: calculado,

elegante, un espadachín sobrio que mide la distancia antes de lanzar la estocada. Puede vestirse de cortesía —como esos tuits aparentemente educados que esconden pólvora bajo cada palabra—, pero su herida es deliberada. Ambos pueden lastimar, sí, pero solo uno sabe exactamente dónde clavar la hoja.

Conviene recordar que la raíz etimológica de *insulto* viene del latín *insultus*, que significa *saltar sobre*. En cambio, *grosería* procede de *grossus*, que es *grueso*. La diferencia no es menor: quien insulta, busca superar al adversario con un salto ágil y calculado; quien es grosero, en cambio, solo blande un garrote tosco y espera que la fuerza bruta supla lo que su inteligencia no alcanza.

Umberto Eco diría que la grosería es decadencia simbólica: palabras desprovistas de contexto. El insulto, en cambio, conserva estructura: hierde porque transmite algo verdadero, aunque incómodo. La grosería es la protesta del ignorante; el insulto, la del inteligente. Por eso, el grosero es olvidable, mientras que el maestro del insulto pasa a la historia. Nadie cita groserías. Las frases afiladas de un Churchill, un Wilde o un Twain, en cambio, siguen vivas siglos después. El grosero deja ruido; el insultador deja epitafio.

Imagínese a Shakespeare en estos tiempos: Romeo no gritaría desde el balcón, mandaría mensajes que Julieta dejaría en visto. El veneno no estaría en una copa, sino en un comentario pasivo-agresivo en Instagram. Los Capuleto y los Montesco no se retarían a duelo: se bloquearían en WhatsApp y abrirían cuentas falsas para atacarse. La tragedia ya no se mediría en sangre derramada, sino en memes mal editados y con mala ortografía.

La moraleja es clara: una grosería puede soltarla cualquiera. Y esa, señoras y señores, es nuestra tragedia shakesperiana del siglo XXI: menos poesía y más pantano digital.

El insulto como termómetro de inteligencia

Siempre he sido un fiel convencido de que la manera en cómo insulte una persona es el reflejo de su capacidad intelectual, y quizás, en algunos casos, de su inteligencia. Platón decía que se conoce más una persona en una hora de juego que en un año de conversación. Yo prefiero decir que se conoce más sobre una persona por un insulto que por una hora de juego.

“El lenguaje es la casa del ser”, dijo Umberto Eco, y yo le sumaría: “...y el insulto es la ventana”. Si se observa con cuidado, lo que alguien grita en cualquier discusión, la forma como debate y se expresa son el espejo más fiel de la educación que recibió, de los libros que leyó, de las conversaciones que alguna vez tuvo y de la cultura en la que se formó.

¿Qué es un país sino el reflejo de quienes lo habitan? ¿Y qué se puede esperar de una sociedad cuyo insulto más repetido es “hijuep*-ta”, acompañado de otros agravios que evidencian no solo pobreza de lenguaje, sino pobreza de pensamiento? Los pueblos que solo gritan vulgaridades suelen repetir la misma pobreza mental en sus decisiones colectivas.

Veámoslo bajo esta óptica:

- **A escala personal:** el insulto desnuda la mente del que lo lanza. Quien necesita diez groserías para imponerse, demuestra que no tenía ni una sola idea sólida para sostenerse. La abundancia de insultos siempre es la confesión de la escasez de argumentos y de una mente sin talento.
- **En el ámbito social:** el insulto es como un termómetro, si todos gritan, la fiebre es colectiva. Una cultura que solo sabe responder a gritos demuestra que nunca entendió que las palabras son para construir y no destruir.
- **En el contexto nacional:** el insulto en la política nacional es un síntoma cultural. Los mismos mandatarios son el reflejo de lo social, por ello, cuando en las instituciones se reemplazan las

viejas ágoras por escenarios de gritos y no de ideas, lo que está en juego no es una ley, sino la credibilidad de toda la democracia. Y una democracia con grosería y sin argumentos, no es más que ruido con traje.

Churchill lo entendió a la perfección: él insultaba con ironía, nunca con vulgaridad. Convertía el desprecio en arte y la réplica en estocada. Así desnudaba no solo al rival, sino al nivel de civilización que representaba. Un insulto suyo era diagnóstico: no dejaba mal al adversario, dejaba en evidencia la pobreza del sistema que lo sostenía.

En el fondo, el insulto es una radiografía. Cuando una sociedad solo sabe gritar, es porque dejó de pensar; cuando solo sabe ofender, es porque olvidó argumentar. Antes de que un país se equivoque en las urnas, en las leyes o en el poder, ya se equivocó en el lenguaje. Y cuando las palabras se empobrecen, el pensamiento las sigue... y el destino también.

El insulto: la oveja negra de la crítica

El insulto es, en esencia, la oveja negra de la crítica. Ambos nacen del mismo rebaño del lenguaje, pero mientras la crítica desea fomentar la razón, el insulto desea despojar de razón al otro. Ambos son totalmente útiles si lo que se desea es saber hablar como grandes líderes, pero también, defenderse como tal.

La crítica es la columna vertebral de la filosofía: empieza cuando alguien se atreve a preguntar “¿por qué?” y no se conforma con el “porque sí”. Sócrates lo dejó grabado para siempre: “La vida no examinada no vale la pena ser vivida”.

La crítica ha sido, desde Sócrates hasta Kant y Habermas, el verdadero motor del pensamiento: preguntar, dudar, examinar. Sin crítica no hay filosofía, no hay ciencia, no hay progreso. Es la chispa que enciende el fuego del conocimiento. Y si a alguien le sabe amarga la crítica, Churchill ya avisó: “Puede no ser agradable, pero

es necesaria, cumple la función del dolor en el cuerpo”; suprimirla es incubar una enfermedad peor.

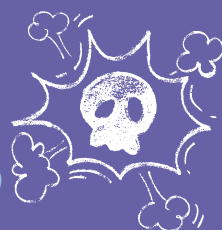
Ahora, existe una diferencia esencial entre “crítica” y “criticar”. Criticar, a secas, suele ser un deporte barato: señalar defectos, exagerar fallos, descalificar con prisas y sin método. Es el murmullo de la taberna, la queja del que nunca construye. La *crítica*, en cambio, es examinar con rigor, aportar razones, comparar ideas y, sobre todo, proponer mejoras. Criticar destruye; la crítica construye. Y no se engañe: las sociedades que confunden una con la otra terminan gobernadas por charlatanes.

Ya sentando las bases del paralelo entre el insulto, la crítica y criticar, hagamos más nítidas estas diferencias:

- **Crítica filosófica:** examina, compara, aporta razones y sugiere mejoras. Es *bisturí*: corta con precisión para sanar.
- **“Criticar” a secas (despotricar):** señala, exagera, descalifica o humilla. Es *garrote*: golpea sin distinguir.

Siempre he sostenido que el verdadero escudo de toda dama y de todo caballero es el arte del debate, el diálogo y la retórica. Pero seamos francos, saber insultar con estilo es tener la lengua afilada para cortar en seco las groserías de los demagogos, y hacerlo con tanta gracia que hasta ellos rían sin darse cuenta. Insultar es el ejercicio que obliga a la mente a afilarse, que incomoda para iluminar, que se atreve a poner el dedo en la llaga no para destruir, sino para sanar. Es un bisturí verbal que corta la hipocresía con la precisión de un cirujano. Y, cuando se ejecuta con inteligencia, transforma el ataque en una lección y al adversario, en su propio ridículo.

Mientras la crítica señala un camino, la grosería solo revela la pobreza del que la pronuncia. Una nación que olvida la crítica y se entrega a la grosería condena su pensamiento al balido de las ovejas negras, incapaces de guiar, solo de desordenar. Por eso, sepa distinguir: valore la crítica de quien ha construido algo, porque esa



¿Te gusta leer?

Únete a nuestras comunidades de lectores en redes sociales:

 @planetadelibrosco

 @planetadelibrosco

 Planeta de Libros Colombia

 @PlanetadeLibrosCo



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:

 @leeresmiplan



Regístrate aquí

Únete a nuestra comunidad de lectores, encuentra contenido exclusivo y comparte tus libros favoritos.

Conoce más libros haciendo clic en:
planetadelibros.com.co

Grupo  Planeta

Creemos en los libros